



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Florencia, Jesús Humberto

De tiempo completo

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 130-152

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100211>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

De tiempo completo

JESÚS HUMBERTO FLORENCIA

Maestro de tiempo completo de la Facultad de Humanidades, UAEM.

*Para Alba, Esteban y Víctor Manuel;
mi preciada otra sangre.*

PERSONAJES:

TOMÁS ARANA
AURORA LARA
ANTONIO ARANA
GUSTAVO ARANA
ADOLFO LARA
ÓSCAR MONDRAGÓN
EL SEÑOR ISAAC
EL MÉDICO

Tres áreas, cuya división de los límites no será rígida: la casa; el lugar de trabajo; y una zona neutra, colocada frente a las dos primeras. Todo debe indicar que forma parte de la misma decoración.

El hogar de la familia Arana; donde han vivido durante los últimos veinte años. Cuenta con los “cómodos” y gastados muebles que han usado desde siempre; con una discontinuada salita protegida por un trapo, una mesa de centro repleta con periódicos, algunos retratos que cuelgan de la pared, seguramente de sus hijos, y uno más, el cuadro con la fotografía del día de su boda.

El área del trabajo estará marcada por una mesa con su mantel; sobre la mesa un plato con sus cubiertos y un servilletero; a su lado un par de sillas.

Por un momento la habitación quedará en semioscuridad. Hay una escasa luz que se filtra de una puerta semiabierta, la que alcanza a iluminar a Tomás Arana, quien permanece recostado en el sofá. Tan sólo se escucha el lento goteo por las llaves de la cocina.

PRIMER ACTO

TOMÁS: Cómo me gustaría que mi suerte fuera otra. Si por lo menos mis hijos estuvieran aquí, conmigo, como cuando eran niños y me contaban sus proyectos... pero ahora veo que ya no se puede hacer nada... ¡De todos modos, deberían comprender que si fui rígido con ellos, era para que el día de mañana no terminaran siendo unos vagos, unos malvivientes...! A lo mejor, si hubiera educado a los muchachos de otra manera... ¿Para qué me hago tonto? El problema es que siempre he vivido con miedos... ¡O a lo mejor si hubiéramos tenido hijas!... No, eso no. Las niñas son más problemáticas: que si ya les hicieron esto, que si ya les pasó lo otro, que si van a salir con algún hombre, que si ya las embarazaron, ¡y qué sé yo! No, definitivamente, hijas no... Pero a lo mejor, si yo mismo hubiera peleado por el dinero de mi liquidación en lugar de haber dejado el asunto a un desgraciado bandido para que supuestamente me defendiera... A lo mejor si hubiera ahorrado. ¡Pero cómo puede alguien ahorrar teniendo una familia que mantener!... A lo mejor, si esos licenciados no me vieran tan viejo, les demostraría que todavía tengo fuerzas para seguir trabajando, que no soy un inservible... A lo mejor, si no me sintiera tan cansado.

AURORA: ¿Con quién hablas? Bueno, eso ya no importa, ya estoy aquí para hacerte compañía. A ver, déjame prender la luz porque todo el tiempo te la pasas a oscuras y eso no está bien. (*Enciende la luz del cuarto*) ¡Por Dios, Tomás!, ¿ya viste cómo andas? ¿Por qué no te has puesto nada para taparte? ¿No sientes el frío que está haciendo?

TOMÁS: ¿Y tú no tienes otra cosa qué hacer?

AURORA: Tampoco te molestes conmigo. Lo que no me parece es que tengas las ventanas abiertas. (*Se encamina para cerrar las ventanas*). Acuérdate que el fresco te hace daño.

TOMÁS: Me siento bien, Aurora. No me pasa nada.

AURORA: Ahorita no, pero al rato vas a ver. Aunque luego no me digas nada, en la noche oigo cómo te quejas.

TOMÁS: Tú sabes que ya no tengo remedio, que siempre voy a sentir el mismo dolor. De no ser que me quiten la espalda, no va a servirme de nada que deje las ventanas cerradas.

AURORA: Y tú sabes que eso no es cierto. Lo que pasa es que eres muy necio y a lo mejor te gusta que te anden chiqueando.

TOMÁS: Por favor, Aurora, no digas estupideces.

AURORA: ¿Entonces por qué no le haces caso al médico y dejas que te operen?

TOMÁS: Porque no les voy a permitir a esos ignorantes del hospital que me acuchillen; y si dejaré de sentir el cuerpo, no veo el motivo para apresurar lo que solito va a suceder... Porque ya me advirtieron que después de esa operación, la

gente ya no vuelve a caminar de nuevo y... porque, porque todavía no me hago a la idea de quedar inválido; porque tengo miedo Aurora, mucho miedo... En la mañana, cuando te fuiste a trabajar, me quise levantar de la cama y ponerme a hacer algo, lo que fuera... pero no pude, y no pude porque tampoco me podía mover; ni las piernas ni los brazos, y estaba solo y asustado.

AURORA: Pero ya pasó todo, ya estás mejor.

TOMÁS: A veces, cuando sales de casa, agarro una aguja del costurero para pincharme las piernas. Nunca pensé que me daría tanto gusto sentir dolor, porque eso significa que sigo vivo.

AURORA: Voy a tener que esconder todas las agujas que hay en la casa. ¿No te parece que ya tienes suficiente con la espalda como para que te andes maltratando?

TOMÁS: Ya deja de preocuparte tanto por mí. Lo que pasa es que ayer cambié algunos muebles de su lugar y parece que me he resentido por el esfuerzo.

AURORA: ¿Y te parece poco? El doctor dijo que no levantarías cosas pesadas. ¿No te he dicho que lo dejes, que yo lo puedo hacer?

TOMÁS: Sí, pero tampoco puedo acabarme la existencia sentado aquí, viendo la televisión y sin hacer nada. No soy un inútil.

AURORA: Pero tampoco eres un jovencito.

TOMÁS: *(Luego de una pausa)*. Hubieras visto... No te imaginas cómo me sentí cuando esto, lo que queda de mí, no pudo levantarse de la cama. Casi me cago del susto. *(Ríe con ironía)*. Pero el mundo no está preparado para recibir a otro inválido... Tuve miedo, Aurora. No sé lo que voy a hacer cuando un día de éstos, sin más ni más, descubra que mi cuerpo ya no puede moverse.

AURORA: No pienses más en eso; ya pasó, olvídalos.

TOMÁS: Cuando estuve solo, en nuestra cama; cuando quise saber en dónde estabas, pero por más que lo intenté, yo permanecía inmóvil, lo primero que se me ocurrió fue llamarte, porque por lo menos eso podía hacer, hablarte. Pero ya te habías ido.

AURORA: Tranquilízate. ¿Quieres que te traiga tus pastillas? ¿O prefieres que te ponga un poco de pomada en la espalda?

TOMÁS: Más al rato. Luego de mucho tiempo, me pude levantar... Entonces abrí las ventanas y me vine a acomodar aquí, en el único lugar en donde entra el calor del sol para esperar a que regresaras.

AURORA: Debiste ir a la cama; hace horas que por esa ventana sólo entra el viento helado.

TOMÁS: El frío, el calor o las dolencias; todo lo que me haga sentir vivo debe ser bueno.

AURORA: ¡Mira nada más! Pero si tú mismo te buscas lo que no tienes. A ver, voy a ponerte la cobija encima.

TOMÁS: ¡Déjame en paz! No soy un inútil, no lo soy. Si hubiera querido cobijarme, lo hago y listo. No necesito que me trates como a un anciano. Yo puedo

hacer las cosas por mí mismo. Todavía me puedo mover, caminar, hablar, ver, pensar; todavía puedo trabajar... todavía puedo.

AURORA: (*Pausa*). Perdóname. Nada más quise que te sintieras bien. Pero, si te molesto, mejor voy a la cocina y regreso cuando la comida esté lista.

TOMÁS: No Aurora, no te vayas. Pláticame cómo te fue con las ventas.

AURORA: (*Cubre a Tomás con la cobija*). Sólo me sobraron dos vestidos que nadie compró porque les parecieron muy caros.

TOMÁS: Hasta regalándoles la ropa estarían inconformes esa gente. ¿Y ya terminó de pagarte la señora Lucha?

AURORA: Todavía no. Me tiene harta esa señora. Hace un mes que le entregué la ropa y no me puede dar un solo peso. Un día me dice que a su esposo no le han dado su quincena, que regrese mañana, y cuando vuelvo a ir, resulta que no hay nadie en su casa, y cuando la encuentro, me sale con el chistecito de por qué no fui ayer, que ya se gastó el dinero.

TOMÁS: Deja eso por la paz; ya no le cobres. Pero tampoco le vuelvas a vender nada.

AURORA: No Tomás, me tiene que pagar el vestido. Nadie me regala la tela... Lo malo es que vive hasta el último piso y ya me duelen las piernas de tanto andar subiendo y bajando las escaleras.

TOMÁS: Nunca vas a entender, Aurora. Tú has mal acostumbrado a esas viejas; no hay una sola que te liquide la ropa por lo menos en dos pagos. Si no es la señora Lucha, es la vecina o Matilde.

AURORA: Matilde es aparte, a ella le regalé el vestido.

TOMÁS: ¿Se lo regalaste? ¿No me digas que el güevón de tu hijo no tiene para comprarle uno?

AURORA: Eso no lo sé y ni me importa. A mí me nació en regalárselo y punto.

TOMÁS: Como quieras, pero veo que no te cansas, y que de nada sirve que te pases toda la noche cosiendo.

AURORA: No te pongas así. Matilde y Toño andan un poco mal de centavos. No veo qué tenga de malo ayudarles en algo.

TOMÁS: ¡Lo que pasa es que son unos conchudos! Dile a Antonio que si necesita dinero, pues que trabaje. Tiene una mujer, tiene un hijo y tiene la obligación de ver por ellos.

AURORA: Toño trabaja, pero su sueldo no le alcanza para nada.

TOMÁS: Es un holgazán, eso es lo que pasa. Si no le rinde el dinero, pues que se busque otro trabajo.

AURORA: Y que trabaje horas extras, sus días de descanso y sus vacaciones, pero que vea la forma de conseguir unos cuantos pesos, así, tal y como lo hizo su padre.

Tomás: ¿Y por qué no?

AURORA: ¿Entonces quieres que traten a tus hijos como lo hicieron contigo?

Tomás: No es lo mismo, Aurora.

AURORA: ¿Y cuál es la diferencia?

Tomás: Antonio es joven.

AURORA: Tú lo fuiste.

TOMÁS: Pero yo nunca he sido un mantenido. Desde niño tuve que trabajar duro para ayudar con algo en la casa. Siempre me las ingenié para que mis padres no tuvieran carencias.

AURORA: ¿Vamos a empezar de nuevo con eso? Tú mismo ya lo dijiste, Antonio no nos puede ayudar porque ahora tiene una familia.

Tomás: En este país, o le metes duro a la chamba o te mueres en la calle con todo y familia.

AURORA: Nuestros tiempos no fueron tan volubles como los de ahora y mientras podamos echarles una manita a los muchachos, pues no nos queda de otra mas que hacerlo. Aunque ya estén grandes, siguen siendo nuestros hijos.

Tomás: Mira gordita, nosotros ya no podemos hacer nada por ellos. Tú sabes que el dinero de mi pensión es una mentada de madre, y de esas, ellos van a recibir muchas. Antonio ya se casó y ni modo... Y de Gustavo, de él ya no sabemos nada desde hace mucho. Ellos ya no me necesitan.

AURORA: ¿Cómo se te ocurre eso, Tomás? Los muchachos te necesitan a ti, no el dinero de tu pensión. Date cuenta que le dedicaste mucho tiempo al trabajo y que... por estar fuera de casa, ellos no te conocieron. Si ninguno de los dos viene a verte, es porque de seguro piensan que tú no quieres verlos.

TOMÁS: Para todo tienen un pretexto, porque nunca van a reconocer sus errores.

AURORA: Empieza entonces reconociendo los tuyos.

TOMÁS: Un hombre no debe mostrarse débil delante de sus hijos.

AURORA: Confundes la debilidad con otra cosa. Y por cierto, ¿cómo te has mostrado delante de mí? ¿Con cuál imagen me puedo quedar? ¿O ya la olvidaste? Me llamo Aurora Lara y he pasado treinta años de mi vida siendo la viuda de Tomás Arana. ¿No crees que ya va siendo hora de que seamos esposos?

TOMÁS: Siempre hemos estado juntos. No entiendo por qué te quejas ahora. *(Pausa. Aurora sale y Tomás se dirige al área de trabajo, quien en este momento se ve más joven y vital).*

ÓSCAR: ¡Felicidades, Tomasito!, ya supimos que te acabas de casar.

TOMÁS: Pues ya me tocaba.

ÓSCAR: Y entonces qué haces aquí, deberías de estar disfrutando de las merecidas mieles del matrimonio.

TOMÁS: No es tan fácil como tú lo pintas. No puedo dejar de trabajar; ya ves que se me vienen muchos gastos encima.

ÓSCAR: Pero ella te puede ayudar.

TOMÁS: Ahí sí que te equivocas. Yo no me casé para que me mantengan. (*Obscurece en el área de trabajo para que del otro lado entre Aurora, viéndose más joven, la acompaña Adolfo, su hermano*).

ADOLFO: ¿Qué dice de nuevo mi futuro sobrino?

AURORA: Todavía nada. Ahorita sólo come y crece.

ADOLFO: ¿Y Tomás?

AURORA: Deberías de verlo, anda como un loco. Está seguro de que tendremos un niño. Le ha comprado tantas cosas, que yo no sé si las terminará de usar todas. A cuanta persona se encuentra en el camino, les dice que su hijo se llamará Gustavo, que irá a la Universidad y que nunca nadie lo va a mangonear, porque por eso Gustavo Arana será un licenciado de los buenos.

ADOLFO: (*Divertido*) ¿Qué joda le va a poner al bebé con el nombre si al final resulta niña! Ahora que me acuerdo, parece que al señor de la casa le ha ganado el tiempo.

AURORA: Son más de las ocho. Ojalá que no le haya pasado nada.

ADOLFO: ¿A poco nunca llega tarde a su casa? Eso sí que no me lo sabía. ¿No me digas que ya lo tienes dominado? No, eso está mal.

AURORA: Quítate esas ideas de la cabeza. Nadie domina a nadie. Pero supongo que puedo preocuparme por mi esposo.

ADOLFO: Eres una tonta, Aurora. ¿De qué sirve que te preocupes? Seguro que Tomás se fue a echarse unos tragos con los amigos.

AURORA: ¿Cómo crees? A Tomás no le gusta gastar su dinero en tonterías.

ADOLFO: ¡Uuuy, qué seriecito me salió el cuñado! A lo mejor son tonterías, pero comprende que de vez en cuando, a los hombres nos gusta desatendernos de la mujer.

AURORA: Tú siempre has desatendido todo lo que vale la pena y por eso hablas así.

ADOLFO: “Lo que vale la pena.”

AURORA: Tomás trabaja.

ADOLFO: (*Con malicia*) ¿Segura? Hoy te angustias porque tu marido no ha llegado, pero luego, cuando pasen unos años, si Tomás no regresa a la misma hora de siempre, te aseguro que vas a pensar que ya no te quiere.

AURORA: Lo que tú dices nunca va a pasar.

ADOLFO: “Nunca” no es una palabra muy conveniente para quien piensa vivir esperando que la quieran como si fuera la única mujer del mundo. Como si la gente no cambiara de opinión. Como si uno pudiera evitar que nos guste otra mujer. Como si no pasara eso todos los días. (*Ni Aurora ni Adolfo se mueven de su sitio. A paso lento y dirigiéndose al trabajo, entran Tomás y Óscar*)

ÓSCAR: ¿Por qué no te regresas a casa? Hoy es tu día de descanso.

TOMÁS: El descanso es para los cansados.

ÓSCAR: Y el trabajo extra para los jodidos... Mira cómo andas: casi te vienes durmiendo.

TOMÁS: Sólo tengo un poco de sueño. No seas tan fijado.

ÓSCAR: ¿A quién quieres engañar? Te sientes mal. Lo sé porque de lo contrario, no te encerrarías en el baño sin que nadie se de cuenta.

TOMÁS: Deja de ser tan metiche. No sé tú, pero yo no tengo por qué explicarle a cuanto imbécil se cruce en mi camino qué hago cuando me encierro en el baño.

ÓSCAR: Sería bueno que nos lo dijeras.

TOMÁS: ¡Caca! Eso es lo que hago en el baño: Caca. Dura, caliente, en trocitos y a veces aguada. Si tú la vieras, es una suciedad tan linda, que si dejara de sacarla, te juro que eso sí me mataría.

ÓSCAR: Ojalá no te ahogues en tu propia mierda, porque entonces sí va a ser muy difícil que alguien te saque de ahí.

TOMÁS: Te voy a decir una cosa: si consigo que mis hijos no sean unos conformistas ni unos fracasados, que no se dejen humillar por nadie y que no sean unos haraganes como tú, entonces no me importa partirme el alma trabajando.

ÓSCAR: ¿Qué tal si le pasara algo a uno de tus hijos? De seguro que estarás tan ocupado en el trabajo que no te podrías enterar, sino hasta que llegaras a tu casa.

TOMÁS: Ave de mal agüero. (*Han llegado al trabajo, donde ya los espera el señor Isaac*). Y dices que eres mi amigo.

SR. ISAAC: ¡Señor Arana, qué bueno que lo encuentro! Con usted quería hablar.

TOMÁS: Dígame, señor, ¿para qué soy bueno?

SR. ISAAC: Verá usted; quiero decirle que me siento muy satisfecho de que trabaje para mí.

TOMÁS: Pues... gracias.

SR. ISAAC: De nada, hombre, de nada. Cómo me gustaría que todas las personas de este país fueran tan buenos trabajadores como usted.

TOMÁS: A veces no nos queda de otra. Todos tenemos necesidad del dinero y si no nos ponemos abusados, pues nos puede llevar la trampa.

SR. ISAAC: ¿Dijo, "llevar la trampa"? Porque no le entendí nada. Pero no importa. Llevo ya varios años en este país y todavía no me acostumbro a las bromas de los mexicanos (*Ríe*). Sí, son ustedes muy bromistas, muy bromistas.

TOMÁS: Como usted quiera.

SR. ISAAC: Espérese, ¿a dónde va?

TOMÁS: A trabajar, ¿a dónde si no?

SR. ISAAC: Permítame quitarle unos segundos, señor Arana. Quisiera pedirle un favor.

TOMÁS: Usted dirá.

SR. ISAAC: Resulta que uno de mis meseros de la tarde acaba de renunciar y me gustaría que usted lo sustituyera por un tiempo, no mucho, sólo mientras encuentro a otra persona.

TOMÁS: Claro que sí, cuente conmigo.

SR. ISAAC: ¡Así me gusta! Ojalá que todos los mexicanos fueran como usted, ojalá. *(Sale)*.

ÓSCAR: ¡Qué bárbaro eres, Tomás! ¿No te digo? Ya no le busques. Siempre se agarran al más menso para doblar turno. Confunde al que es trabajador y lo pasa por su tarugo. Mejor pídele tu descanso.

TOMÁS: Eso será cuando me muera. Además, el dinero que gane me va a venir de maravilla. Uno de mis hijos necesita lentes; y espero que también me alcance para comprarles zapatos y un suéter, porque ya se llegan los días de frío.

ÓSCAR: Si no se hubiera ido el mesero de la tarde, quién sabe cómo le habrías hecho para solventar tus gastos. *(Durante el anterior parlamento, Tomás se ha sentado y se medio inclina para luego llevarse las manos a la cintura)*. ¿Qué te pasa, Tomás? ¿Te sientes mal?

TOMÁS: Un calambre. Pero ya pasó. *(Se incorpora lentamente)*.

ÓSCAR: Te voy a preguntar algo y no me lo tomes a mal. Como cuates. ¿No te parece que tu esposa debería saber lo de ese dolor?

TOMÁS: *(Ignorando la pregunta)*. Te aseguro que no renunció el mesero del otro turno. Cuánto quieres apostar que más bien lo renunciaron. *(Óscar sale. Adolfo Lara va a sentarse en una de las sillas)*.

ADOLFO: ¿Cómo marcha la buena vida?

TOMÁS: Como se puede.

ADOLFO: Oye, ¿qué te parece si al rato nos echamos unos tragos?

TOMÁS: Otro día será. Hoy quiero llegar a la casa para ver a mis hijos.

ADOLFO: ¡A otro perro con ese hueso! A mí se me hace que andas con movidas chuecas. Ver para creer. *(Ríe)*.

TOMÁS: *(Molesto)*. ¿De dónde sacaste esa idea?

ADOLFO: No te preocupes, cuñado, no le voy a decir nada a tu esposa. Aurora piensa que trabajas todo este tiempo. Como si existiera en este mundo alguien que trabaje tanto.

TOMÁS: ¡Me importa un carajo lo que tú piensas! Pero una cosa sí te digo: me sales de nuevo con una pendejada como esa y te rompo el hocico.

ADOLFO: Hombre, no te pongas en ese plan; yo nada más estaba jugando. Caray, no aguantas una broma.

TOMÁS: Una cosa son las bromas y otra que no me chingues. Así que ya estás advertido.

ADOLFO: ¡Híjole! tomas las cosas muy en serio. Lo que a ti te conviene es cambiar de aires. Dicen que allá en Los Ángeles se vive mejor.

TOMÁS: No tengo nada que hacer por esos rumbos y mucho menos sin mi familia.

ADOLFO: Pues te la llevas contigo, ¿qué más da? Piénsalo. Aquí no dejarás de ser un triste empleado al que pueden correr cuando al patrón se le fastidien los güevos, y ni las gracias te van a dar por todos los años que les dediques.

TOMÁS: ¿Y crees que los gringos me van a tratar mejor?

ADOLFO: No, nunca. Pero mientras, ya ganaste unos dólares que valen más de lo que te imaginas. Más vale ser el perro de un amo más rico.

TOMÁS: Prefiero quedarme.

ADOLFO: ¿Y piensas dejar pasar una oportunidad como ésta? Conozco a unos amigos que pueden ayudarnos a cruzar la frontera. Además, nos consiguen trabajo y colocan a tus hijos en la *high school*. Entonces qué, ¿te animas?

TOMÁS: Luego te digo. Lo voy a pensar. (*Aurora entra y toma del brazo a Tomás para llevárselo fuera del lugar*). Los médicos se hicieron para los enfermos, ¿por qué no lo comprendes?

AURORA: Porque a ti te duele algo y lo voy a averiguar.

TOMÁS: Son calambres, ya te lo dije.

AURORA: Hasta donde yo entiendo, los calambres no hacen que las personas se encierren en el baño para quejarse.

TOMÁS: Ahora comprendo (*Ríe*). Lo que tú oíste no fueron quejidos, más bien pujidos, y a lo mejor uno que otro pedo. (*Ríe con soltura*).

AURORA: (*Seria*). Entonces sí estás grave. Eres la primera persona que llora al echarse un pedo. (*Llegan hasta donde se encuentra el médico*).

EL MÉDICO: ¿Los señores Arana? Por favor, tomen asiento. Precisamente anoche estuve revisando sus radiografías.

TOMÁS: Unos pedazos de plástico tiznados no pueden decirle cómo me siento.

AURORA: Tomás, no empieces de nuevo.

EL MÉDICO: Dígame, señor Arana, ¿cómo se siente?

TOMÁS: Perfectamente, ¿por qué?

EL MÉDICO: Porque estas “manchas” no están de acuerdo. Porque no me extrañaría que su espalda estuviera en pleito con usted. Como pueden ver, la columna del señor Arana presenta un ligero desviamiento hacia la izquierda.

AURORA: ¿Eso qué quiere decir?

EL MÉDICO: Que su esposo no puede realizar labores pesadas y que debe seguir un tratamiento para ver cómo responde esa espalda. Además, que unos días de descanso no le vendrían mal.

TOMÁS: No veo la necesidad de tomar descansos.

EL MÉDICO: Su problema es serio y pondría complicarse si no se toma esos días de reposo. Si no se cuida, sólo conseguirá causarse un daño mayor y posiblemente habría que operarlo. (*Escribe algo en una hoja que le entrega a Tomás*).

Aquí tiene su receta. Por ningún motivo deje de tomar los medicamentos. Y por el momento, voy a firmar para que le otorguen quince días de incapacidad.

TOMÁS: Perdóneme, pero yo no puedo pasarme el día sin hacer nada.

EL MÉDICO: Parece que no le queda otra alternativa.

AURORA: Hazlo por tu bien. No busques lo que no tienes.

EL MÉDICO: Cuando pasen los quince días, venga a verme de nuevo. Le sacaremos otras placas para comprobar su progreso. Hasta luego, señores. Que tengan buenas tardes. *(Sale)*.

TOMÁS: ¡Ese hombre está loco! Quince días es mucho. No puedo dejar el trabajo por tanto tiempo. No puedo.

AURORA: Quince días se pasan rápido y los puedes aprovechar para pasarlos con tus hijos.

TOMÁS: ¡Me lleva la trampa!, ya se me había olvidado. Tengo que comprarles a los muchachos sus uniformes y sus cuadernos y, y... ¡Carajo! Para la próxima semana hay que pagar la renta.

AURORA: ¿Y qué ganas con preocuparte? El Seguro te dará el dinero por los días que no trabajas.

TOMÁS: ¡Por favor, Aurora! Tú sabes que el Seguro sólo paga la mitad; y no estamos en condiciones para perder la otra mitad.

AURORA: ¿Y qué piensas hacer? *(Sale y Tomás se dirige con lentitud al trabajo)*.

TOMÁS: Señor Isaac, ¿puedo hablarle un momento?

SR. ISAAC: Por supuesto. Mi mejor empleado puede contar conmigo. ¿Qué se le ofrece?

TOMÁS: Fíjese que fui a ver al médico.

SR. ISAAC: *(Sin prestarle atención)*. Espero que no sea nada de cuidado.

TOMÁS: De hecho, no lo es. Pero me dieron quince días de incapacidad.

SR. ISAAC: *(Preocupado)*. O sea que me va a abandonar el trabajo durante quince días. Usted no me puede hacer eso. Ya veo que a la gente de este país le gusta comer sin trabajar.

TOMÁS: Óigame, no. Eso no es cierto. Lo de la incapacidad no lo inventé yo. El médico dice que tengo un problema en la columna y que debo descansar.

SR. ISAAC: Usted es la única persona en la que confío y en nadie más. Es a usted al único a quien le dejaría encargado mi negocio. ¿Comprende mi situación, señor Arana?

TOMÁS: Comprendo.

SR. ISAAC: Su enfermedad me preocupa mucho. Es lamentable, muy lamentable que mi mejor hombre desee ausentarse del trabajo cuando más lo necesito. ¿Cómo es posible? No lo entiendo, yo a usted lo veo muy bien, muy saludable. ¿No lo habrá engañado el médico? Los médicos se pueden equivocar.

TOMÁS: A lo mejor. Por eso quisiera que me permitiera trabajar durante los quince días de mi incapacidad.

SR. ISAAC: A ver, explíquese.

TOMÁS: Quiero venir al trabajo, pero me gustaría que no se lo reportara al Seguro, porque de lo contrario no me pagarían los días de la incapacidad.

SR. ISAAC: Ah, ya veo. Ustedes los mexicanos son muy listos. Harían todo lo posible por ganarse unos pesos. Pero está bien, señor Arana, cuente con ello; el Seguro jamás se enterará de nada.

TOMÁS: Gracias.

SR. ISAAC: Ya lo decía yo; ojalá que toda la gente de este país fuera como usted, ojalá.

SEGUNDO ACTO

Gritando y jugando con una pelota, entran Antonio y Gustavo Arana

ANTONIO: A ver, Tavo, échame la pelota. (*La recibe y la controla unos instantes haciéndola botar en sus rodillas*). ¿Qué te parece, eh? ¿Soy o no soy bueno para el fútbol?

GUSTAVO: Eso lo puede hacer cualquiera. ¿Cuánto apuestas a que yo la controlo por más tiempo que tú?

ANTONIO: ¿Pues cuánto quieres perder?

GUSTAVO: ¿Qué te parecen los refrescos?

ANTONIO: ¡Órale! Pero empieza tú primero. (*Gustavo intenta jugar con el balón tal y como lo hizo su hermano, pero no es tan hábil como Antonio*). Uy, tanto alboroto para eso. Ahora fíjate bien cómo lo hace un maestro. (*Antonio es más diestro, por lo que al cabo de un buen rato de controlar la pelota en sus rodillas, Gustavo decide empujar a su hermano para que pierda el equilibrio*).

GUSTAVO: Ya, ya, ganaste. Tampoco es para que te pases todo el día presumiendo.

ANTONIO: ¿Y por qué no? Tengo que ponerme a entrenar para estar en buena condición. Ya me dijeron que la próxima semana me harán una prueba, y si la paso, te garantizo que muy pronto jugaré en el primer equipo.

GUSTAVO: ¿Y la escuela?

ANTONIO: La escuela está muy bien, no le ha pasado nada.

GUSTAVO: Mira, por mí puedes hacer lo que quieras. Pero si te lo pregunto, es para saber si ya se lo contaste a papá.

ANTONIO: (*Sin dejar de jugar*). No, todavía no. (*Entusiasta*). ¡Pero ya se lo platiqué a Matilde y está de acuerdo conmigo!

GUSTAVO: ¿Pero en qué puede estar de acuerdo contigo? Esa mujer te dice que sí a todo.

ANTONIO: Lo que pasa es que no la conoces.

GUSTAVO: Pues no es mi culpa. Nunca has querido llevarla a la casa.

ANTONIO: Es que tú ya sabes cómo es papá, y mamá puede decirle algo que no me agrade. Prefiero que todo se quede así y no que terminemos con problemas. Seguro que me dirían que la corte, que a mi edad las novias no dejan nada bueno y qué sé yo cuántos sermones más...

GUSTAVO: No creo que le digan nada, pero allá tú.

ANTONIO: (*Contento*). ¡Vas a ver que todo sale bien! Pero mientras tanto, ¿qué te parece si te pones de portero y yo te lanzo la pelota?

GUSTAVO: No, ahorita no quiero jugar.

ANTONIO: ¡Ándale! Sólo para checar cómo ando en los tiros de penalty.

GUSTAVO: ¿Qué te dijo Matilde cuando le comentaste lo de entrar en el equipo de fútbol?

ANTONIO: (*Sin dejar de jugar*). Que sí, que está bien.

GUSTAVO: ¿Nada más?

ANTONIO: Pues sí. Porque, cuando entre al equipo, voy a ganar mucho más dinero que cualquier médico o abogado, ¿cómo ves?

GUSTAVO: Lo pones tan fácil que hasta parece verdad.

ANTONIO: Y lo es. Ahora que esté dentro del equipo, poco a poco iré subiendo, y en un par de años, no dudes que me contratará un equipo más grande; uno de esos que te pagan hasta por tomarte un refresco. (*Controla un momento la pelota en sus pies y luego la pateo*).

GUSTAVO: ¿Y si no te aceptan?

ANTONIO: No seas pesimista, eso nunca va a pasar. (*Antonio sale tras su pelota y Gustavo se queda en el área de su casa, observando a Tomás que se encuentra en la zona neutra junto con Óscar Mondragón. Óscar ya no es el mismo, se nota un tanto derrotado*).

ÓSCAR: Buenos días, mi amigo. ¿Hacia dónde vas?

TOMÁS: Al médico. Aurora no me va a dejar tranquilo hasta que no le explique cómo estuvieron los resultados de las radiografías.

ÓSCAR: ¿Otra vez con eso? ¿No me digas que esa espalda te sigue dando lata?

TOMÁS: Ya lo ves, hombre. Y ni modo de cambiarla por una nueva, ¿verdad?

ÓSCAR: No me quisiera quedar solo... ¿Te puedo acompañar al médico? y así aprovechamos para platicar un rato.

TOMÁS: Órale, me parece bien. (*Caminan*). ¿Y tú? ¿Qué me cuentas de nuevo?

ÓSCAR: Lo mismo de siempre, no hay nada que tú no sepas.

TOMÁS: ¿Cómo está la familia? Hace mucho que no me doy una vuelta por tu casa para saludar a tu esposa y a tus hijos. ¿Qué me cuentas de ellos?

ÓSCAR: ¿Te acuerdas de Adrián? El mayor.

TOMÁS: Sí, qué tiene.

ÓSCAR: Acabo de enterarme que se la pasa todo el día con los vagos de la colonia; que no se ha parado en la escuela, que ni siquiera fue a inscribirse.

TOMÁS: ¡Hombre, Óscar! No se lo hubieras permitido. La obligación de todo muchacho es estudiar y Adrián tiene buena cabeza para los libros.

ÓSCAR: ¿Por qué no vas tú y se lo dices? A mí ni siquiera me quiere escuchar. Ojalá que fuera un poco como tus hijos, pero se pasa la vida en la calle.

TOMÁS: Entonces haz algo; aconséjalo, platica con él, pero no lo dejes solo. A Adrián no lo puedes echar a su suerte.

ÓSCAR: (*Adolorido, sin salir de sus pensamientos*). Estuve con él; pedí permisos en el trabajo para verlo y platicar, como tú dices... ¿Qué fue lo que hice mal? Si tú lo vieras ahora, no lo reconocerías.

TOMÁS: (*Rotundo*). ¡Oblígalo a que te haga caso! Date cuenta que Adrián es tu futuro.

ÓSCAR: El futuro no existe, Tomás... En todo caso, el futuro sólo es un palo en el que te obligan a sentarte. Mi hijo es un cuchillo sin filo que no puede cortar de un tajo, pero que se empeña en clavarse en mi garganta.

TOMÁS: Pero las cosas pueden cambiar, hombre. Mientras que a tus hijos no los obliguen a sentarse en ese palo, pues no importa que nos jodan a nosotros.

ÓSCAR: Hablas así porque tú no crees en nada.

TOMÁS: Desde que era niño siempre me he sentido como ofendido y humillado; siempre he tenido que agachar la cabeza porque hay una voz más fuerte que la mía... y si te hablo así es porque la vida nos debe y nos debe con intereses; porque ya estuvo suave que seamos los eternamente derrotados.

ÓSCAR: Quisiera que por lo menos una vez bajara Dios y me resolviera los problemas.

TOMÁS: Lo que estoy viendo es que todos estos años te han convertido en un viejo derrotado.

ÓSCAR: Al contrario, los años me han vuelto realista. Si no, dime una cosa: ¿qué sacas con trabajar tanto y romperte la espalda, si al final, lo único que vas a recibir es una patada por el culo?

TOMÁS: Siempre me preguntas lo mismo. ¿A poco todavía no me entiendes?

ÓSCAR: Entiendo que pueden ser tus propios hijos los que te den esa patada. (*Silencio*). ¿Lo ves? No eres tan fuerte, ni te sientes tan seguro como lo intentas aparentar. Todos los hombres somos vulnerables; todos los hombres estamos en las manos de Dios. Y si Dios no lo quiere, las cosas jamás van a cambiar, ¿comprendes? Todos hemos nacido para ser pateados.

TOMÁS: (*Compadeciéndolo*). Eres un carajo de mierda.

ÓSCAR: (*Igual*). La mierda se embarra con la mierda.

TOMÁS: Al menos sé que no quiero quedarme como tú... Así como te veo, me doy cuenta que te gusta vivir encorvado y esperanzado a limpiar con la boca la enorme y siempre sucia verga del Señor.

ÓSCAR: Alguien que espera que sus hijos crezcan y estudien para que luego lo mantengan, también es un hombre arrodillado.

TOMÁS: Los gusanos se te salen por los ojos y de los oídos te brota un líquido de pus.

ÓSCAR: ¿Qué me quisiste decir con eso?

TOMÁS: Que estás acabado. Espero que mis hijos terminen sus estudios para que ya nada más me preocupe por mi esposa.

ÓSCAR: Cada vez te entiendo menos, Tomás. Ahora te arrepientes de haber trabajado por ellos.

TOMÁS: Eso no fue lo que dije; yo no me puedo arrepentir de nada, porque trabajar para mi familia es lo único decente que he hecho en la vida.

ÓSCAR: Pero si hace rato me acabas de explicar lo contrario.

TOMÁS: Un pendejo siempre oír lo que le conviene. Escúchame bien, porque ya no lo vuelvo a repetir; si yo tuviera otra oportunidad, volvería a partirme la espalda por Aurora y por los muchachos.

ÓSCAR: Tú estás loco, Tomás.

TOMÁS: Puede ser. Pero al fin y al cabo, creo que voy por buen camino.

ÓSCAR: No entiendo nada, no lo puedo entender. Primero me hablas del trabajo, de la familia y de yo no sé cuantas estupideces más, y ahora me sales con que lo mejor es que tus hijos hagan lo que se les antoje.

TOMÁS: Siempre he seguido el camino que mejor me parece. A mí se me hace que todos lo deberían hacer.

ÓSCAR: A mí no, porque las personas no somos dioses.

TOMÁS: Pues ya va siendo hora de que lo seamos.

ÓSCAR: Tú y yo somos hombres muy distintos, Tomás.

TOMÁS: Eso espero...

ÓSCAR: ¡Cómo me gustaría, de corazón, que no estuvieras equivocado! Ojalá que Dios te ayude, mi amigo.

TOMÁS: Que Dios te ayude a ti, Óscar, porque tú lo necesitas más.

ÓSCAR: ¿Eso quién lo sabe? *(Al llegar hasta donde se encuentra el médico, Óscar sale por otro lado, Aurora y Antonio alcanzan a Gustavo en la sala de su casa).*

AURORA: Estoy preocupada. Su papá no llega. Hace rato que salió a la calle y ya es hora de que estuviera aquí.

GUSTAVO: Tranquilízate. No debe tardar.

ANTONIO: Es lo que le digo, pero no me hace caso.

GUSTAVO: A lo mejor pasó a la farmacia para comprar su medicina. *(Hace un movimiento con la mano indicando que Tomás bebe; los dos hermanos ríen por complicidad).*

AURORA: Ustedes no saben lo que están diciendo. *(Ellos levantan los hombros y continúan riendo).* ¡Ya cállense, por favor!

ANTONIO: ¿Ahora qué hicimos para que te pongas así?

AURORA: Les pedí que lo acompañaran, que no lo dejaran solo. Pero ninguno de los dos me hizo caso. Prefirieron quedarse en casa, viendo la televisión, que estar al pendiente de su padre.

ANTONIO: Creo que exageras. A papá no le puede pasar nada; él sabe cómo cuidarse.

AURORA: Pero que tal si mientras cruza una avenida, tropieza y cae al suelo. No habrá nadie que lo ayude a levantarse. *(Los tres permanecen en su lugar, mientras que por otra parte se desarrolla otra acción).*

EL MÉDICO: Señor Arana, no tengo ni la menor idea de cómo le hace usted para caminar.

TOMÁS: *(Con humor).* ¿Que cómo le hago? Pues como todo el mundo.

EL MÉDICO: Sería lógico lo que me acaba de decir, si todo el mundo tuviera desviados los discos de la columna.

TOMÁS: ¿Otra vez con lo mismo? Eso me lo ha estado repitiendo desde la primera consulta.

EL MÉDICO: ¿Quiere escuchar algo nuevo?

TOMÁS: No. No hace falta, porque ya me tengo que ir.

EL MÉDICO: Usted se lo buscó. Su espalda ya no aguanta más; eso significa que ya no se encuentra capacitado para continuar en el trabajo.

TOMÁS: Lo que veo es que el título nada más le sirve de adorno.

EL MÉDICO: No le permito que...

TOMÁS: ¿Quién se cree usted para decirme que ya no puedo trabajar? No, mejor no me conteste, porque eso ya lo sé; es un imbécil.

EL MÉDICO: Quién sabe. Pero el problema no es conmigo, sino con su espalda. Haga lo que haga, siempre le estará recordando que ya no puede realizar las mismas labores de siempre.

TOMÁS: ¡Qué va a saber usted cómo me siento! A mí no me duele nada, ¿o a poco me he quejado con alguien como para que ahora me diga que mi espalda no funciona?

EL MÉDICO: Los resultados de sus exámenes no mienten. Tal vez su cabeza le esté diciendo que puede seguir trabajando, pero su espalda ya no aguanta más, compréndalo. Lo mejor que puede hacer, por su bien, es aceptar la pensión por incapacidad que el Seguro le ofrece.

TOMÁS: *(Pausa durante la cual vemos que va siendo derrotado).* Con el dinero de la pensión, tanto mi mujer como yo nos vamos a morir de hambre. Mis hijos ya están grandes y se pueden valer solos. Pero mi esposa...

EL MÉDICO: Usted es inteligente y sabrá hacer otras cosas.

TOMÁS: Me pide que viva como un anciano, como un inútil, como un enfermo.

EL MÉDICO: No lo vea desde ese punto de vista. Le propongo que viva como un hombre completo y no como un parálítico.

TOMÁS: Pero si yo me siento bien, de verdad. No tengo problemas para caminar.

DE TIEMPO COMPLETO

EL MÉDICO: La decisión es suya. Por mi parte, el asunto no tiene vuelta de hoja.

TOMÁS: No, pero me puede recetar algunas pastillas, o lo que sea, para ya no sentir las molestias.

EL MÉDICO: Con medicamentos no se soluciona nada. La única alternativa aconsejable es que permita que se le opere, de lo contrario, ya sabe las consecuencias.

TOMÁS: Si aceptara, ¿cuándo sería la operación?

EL MÉDICO: Verá; es necesario que primero le practiquemos otros estudios y cuando todo nos indique que ya está listo, entonces yo mismo le programaré el día y la hora.

TOMÁS: Déjeme ver si comprendo. Si usted me opera, ¿mi espalda quedará como antes?

EL MÉDICO: Definitivamente, no. El daño ya está hecho.

TOMÁS: Entonces cuál es la diferencia.

EL MÉDICO: Es mucha la diferencia. Después de la operación, le prometo que usted ya no sentirá ningún dolor. (*Permanecen en su lugar*).

ANTONIO: Ojalá que papá se apure en llegar. Necesito que me ayude con unos pesos para ir al cine con Matilde. (*Gustavo está sentado en el sillón de Tomás. Su mirada queda fija hacia cualquier punto*).

AURORA: Si nada más para eso lo esperas, mejor vete a dormir.

ANTONIO: Tú no entiendes, mamá. Necesito dinero.

AURORA: Pues trabaja.

ANTONIO: Cuando el equipo me contrate voy a ganar mi propio dinero, pero mientras tanto, tengo que pedírselo a papá.

AURORA: ¿Por qué no le dices a esa muchacha...

ANTONIO: Matilde.

AURORA: Bueno, Matilde. Dile que otro día se van al cine porque hoy no tienes dinero. Si ella te quiere, no se va a enojar porque no salgan a pasear.

ANTONIO: Y si yo soy el que quiere salir con ella, ¿qué hago?

AURORA: No lo sé.

ANTONIO: ¿Tú no me puedes prestar nada? No mucho, lo que tengas. Luego te lo devuelve papá.

AURORA: No puedo.

ANTONIO: Cuando el equipo me contrate...

GUSTAVO: (*Contenido*). Ya deja de estar jodiendo, ¿quieres? Nadie te puede dar dinero porque papá se acaba de quedar sin trabajo.

TERCER ACTO

Sólo han pasado unos años. Tomás lee el periódico y aunque ya no es tan vital, ni se ve tan acabado como al principio del primer acto, sí es notorio el tono de fastidio en sus palabras.

AURORA: ¿Qué fue lo que te dijo el médico?

TOMÁS: Nada. ¿Ya leíste el periódico?

AURORA: No. Hoy en día ni en los deportes aparecen noticias agradables. Pero no me cambies la conversación.

TOMÁS: Todos los políticos son iguales. El tipo que escribió estas salvajadas es un verdadero animal. Lo estoy leyendo y todavía no puedo creer que exista alguien tan imbécil como para decir tantas barbaridades.

AURORA: Tomás, te estoy hablando...

TOMÁS: Me gustaría saber qué harían toda esa bola de pendejos con un pinche salario mínimo.

AURORA: ¡Tomás!, ¿no puedes hablar sin decir groserías?

TOMÁS: Es que me da coraje, Aurora. Este cuate se está burlando de los que sí trabajamos. Dice que el salario mínimo alcanza para solventar las necesidades de una familia.

AURORA: De verdad que te entiendo. A mí también me molesta que anden diciendo esas cosas. Pero primero me preocupa tu salud.

TOMÁS: Y eso no es todo. Fíjate nada más con lo que termina diciendo: “Por lo tanto, si el mexicano no come, es porque no quiere.” ¡Esto es el colmo!

AURORA: ¿Y qué ganas tú con enojarte?

TOMÁS: Nada. Lo peor es que ya no creo que nada vaya a cambiar; ya no sé si deba ir con el licenciado para que pelee lo de mi liquidación.

AURORA: ¿Todavía no te lo quieren pagar?

TOMÁS: No. Pero además, según el licenciado, lo que me ofrece el señor Isaac no es lo que me corresponde por todos los años que trabajé con él.

AURORA: Mejor no te metas en problemas y acepta lo que sea. No vaya a ser que luego no te den ni un centavo.

TOMÁS: ¡Cómo crees, Aurora! Por muy miserable que sea, el señor Isaac debe darme lo justo. A ti te consta que no falté un solo día, que trabajé dobles turnos, mis vacaciones.

AURORA: Lo sé. Si por mí fuera, preferiría que no hubieras trabajado tanto. (*Adolorida*). ¡Mira nada más cómo te ha dejado el tiempo! Mira cómo han dejado a mi esposo.

TOMÁS: ¡Por Dios, Aurora! Ese hombre no me puede dejar en la calle.

AURORA: (*Tratando de animarlo*). No te pongas así.

TOMÁS: Vas a ver que será distinta la suerte de mis hijos.

AURORA: Si tú lo dices...

TOMÁS: Deja de ser tan desconfiada. Gustavo ya va a terminar su carrera, y si Antonio se ha retrasado un poco en sus estudios es porque nació para el deporte. Tú no te preocupes.

AURORA: A veces tengo la impresión de que no conoces a tus hijos.

TOMÁS: La que no los conoce eres tú. Ellos no van a pasar por lo mismo que nosotros. Ellos no van a preocuparse ni a sufrir porque no tengan dinero. Nuestros hijos nacieron para dar órdenes y cuando llegue ese momento, entonces me habré desquitado de los que son como el señor Isaac.

AURORA: Si te quieres desquitar, hazlo tú mismo.

TOMÁS: ¡No puedo, Aurora! Compréndelo. Muchas veces tuve que bajar la cabeza, porque si no lo hacía, de seguro me habrían despedido.

AURORA: ¿Entonces?

TOMÁS: Tuve que vivir una vida ajena a la de mi familia.

AURORA: Pudiste detener el techo de tu casa, pero te olvidaste de las grietas.

TOMÁS: Entiende. Creí que estaba haciendo lo mejor.

AURORA: Eso lo sé muy bien. Pero ahora tú compréndeme, Tomás. A lo mejor esperas mucho de tu familia y lo único que hemos hecho es estropearte la existencia. Y lo más triste de todo es que nunca estuviste con nosotros.

TOMÁS: No fue porque no quisiera.

AURORA: ¿Te acuerdas cuando atropellaron a Gustavo o cuando a Antonio lo operaron de las anginas?

TOMÁS: ¿Te acuerdas que durante quince días tuve que doblar turno para pagar al médico?

AURORA: Pudimos haberlos llevado al Seguro.

TOMÁS: En el Seguro tratan a la gente peor que animales.

AURORA: ¿Te acuerdas cuando tus hijos terminaron la secundaria? ¿O siquiera te acuerdas cuando Gustavo se fue de la casa? ¿Sabes en dónde vive tu hijo?

TOMÁS: No. Pero no dejo de pensar en él.

AURORA: ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

TOMÁS: Sí, pero no me arrepiento de lo que he hecho. Así lo hice, porque así tuve que hacerlo. *(Tomás se dirige hasta la zona de trabajo, en donde ya lo espera el señor Isaac. Ambos inician una conversación que transcurrirá simultáneamente con los parlamentos de su familia).*

ADOLFO: ¿Está Tomás en casa? Quisiera hablar con él.

AURORA: Me asustas, ¿tienes algún problema?

ADOLFO: Tan fatalista como siempre, Aurora. Vengo para proponerle a tu marido que me acompañe a Los Ángeles.

TOMÁS: Señor Isaac, ¿le puedo quitar un minuto?

SR. ISAAC: ¿Un minuto? ¡Por favor, mi amigo! Para mi mejor empleado tengo todo el tiempo. Dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

TOMÁS: Pues veré, tengo un problema...

SR. ISAAC: Sabe que puede contar conmigo para lo que le haga falta.

TOMÁS: Es que, no lo sé.

SR. ISAAC. Después de demostrar durante... ¿Cuántos años lleva trabajando para mí?

TOMÁS: Casi veintiséis años.

SR. ISAAC: ¡Ni hablar! Veintiséis años es toda una vida.

AURORA: ¡No estés jugando, Adolfo! No estoy de humor.

ADOLFO: ¿Quién está jugando? Lo que te digo es en serio.

AURORA: ¿Pero qué van a hacer ustedes dos allá, tan lejos?

ADOLFO: ¿Cómo que qué vamos a hacer? ¡Pues trabajar!

ANTONIO: (*En zona distinta de las otras dos acciones*). Oye Tavo; ayúdame a hablar con papá, ¿quieres?

GUSTAVO: ¿Ahora qué tienes? ¿Te volviste a pelear con Matilde?

ANTONIO: Es que no me aceptaron en el equipo.

GUSTAVO: ¿Eso es todo? Pues díselo. No creo que se enoje por eso. Además, puedes acomodarte en otro equipo, o en todo caso, hasta regresar a la escuela.

SR. ISAAC: Veintiséis años. ¡Mire nada más, qué casualidad! Hace veintiséis años comencé mis negocios en este país. Dese cuenta usted mismo de lo que se puede hacer con el trabajo: yo llegué a este generoso país con tan sólo la ropa que llevaba puesta y ahora véame, tengo más de lo que hubiera querido. ¿Y sabe usted cómo lo conseguí? Trabajando.

ANTONIO: ¡Con una chingada! No quiero tus consejos. Escúchame. Matilde está esperando un bebé y no sé qué hacer.

ADOLFO: Con los gringos están todas las oportunidades. Si nos quedamos aquí, sólo vamos a vivir de puro milagro. Piénsalo bien y verás que tengo razón.

AURORA: Honestamente, ¿quieres que te diga la verdad? Ustedes no tienen nada que hacer en esas tierras.

ADOLFO: El que no arriesga no gana. Allá tu dinero rinde más. Allá está el mundo de los fregones y vas a poder ahorrar, y con tus ahorros podrás comprarte una casa o lo que tú quieras.

AURORA: A mí los gringos no me caen bien. Con una mano te saludan, pero con la otra te joden.

ADOLFO: Quítate esas ideas de la cabeza.

AURORA: ¡Y tú no seas tan necio, caramba! Ahorita no nos hacen falta soluciones pendejas.

ADOLFO: (*Pausa*). Caray, has cambiado tanto. En otros tiempos no me hubieras hablado así.

TOMÁS: Ayer tuve que ir al médico otra vez.

SR. ISAAC: ¿Ayer? Ayer fue un día muy laborioso. Pero afortunadamente puedo contar con usted. Ir al médico le ha servido de mucho, ¿verdad? Lo veo fuerte. Usted es un hombre saludable. ¡Listo de nuevo para darle duro al trabajo como hace veintiséis años!

AURORA: Mi esposo ya no puede seguir trabajando como hace veintiséis años.

TOMÁS: Ayer fui al médico

SR. ISAAC: Lo veo preocupado, señor Arana. ¿Le pasa algo?

TOMÁS: Ayer fui al médico.

ADOLFO: *(Comienzan a romperse las fronteras de las zonas imaginarias).* Los médicos son unos ignorantes; yo te veo bien. Aquí no tienes nada que hacer. Tus hijos ya están grandes y se pueden valer por sí solos. *(Las diferentes acciones se irán entrelazando).*

ANTONIO: ¿Crees que papá me pueda prestar un poco de dinero?

SR. ISAAC: Usted no me puede fallar ahora, señor Arana.

ADOLFO: ¡A quién le importa un dolorcito en la espalda si puedes ganar mucho dinero!

TOMÁS: No es sólo un dolorcito. El viernes pasado, cuando iba para la casa, por un momento dejé de sentir las piernas... por poco y no lo cuento.

ADOLFO: ¡Estás exagerando!

TOMÁS: ¡No, no exagero! Tuve que quedarme sentado en la banqueta, viendo pasar a la gente, porque el dolor no me dejaba caminar. Era como si me estuvieran arrancando la espalda, los güevos, la vida.

AURORA: Tomás...

SR. ISAAC: Señor Arana, ¿trata de decirme algo?

TOMÁS: Aurora, ¿en dónde estás?

GUSTAVO: Se acabaron los sueños, Antonio. Ya no te puedes seguir comportando como el hijo menor, al que mamá siempre protegió.

ADOLFO: Tienes miedo, Tomás. Eso es lo que sucede. Dime qué ha pasado contigo durante todos estos años, ya no eres el mismo hombre de siempre.

SR. ISAAC: Me temo que no le entiendo. ¿Lo que usted quiere es pedirme otro día para faltar? Por favor, lo que me tenga que decir, dígalo ya. Me está desesperando.

AURORA: Tomás, ¿te sientes mal?

TOMÁS: Me van a operar. Mi espalda se ha estropeado y parece que, que ya no puedo seguir trabajando.

SR. ISAAC: Y si no trabaja, ¿de qué piensa vivir, señor Arana?

ADOLFO: Y si no trabajas, ¿de qué piensas vivir, cuñado?

TOMÁS: Pues, de lo que me dé el Seguro por incapacidad.

SR. ISAAC: ¡No lo puedo creer!

ADOLFO: ¿Cómo puedes pensar en jubilarte a tu edad?

ANTONIO: Papá, tengo miedo. Creo que mejor me largo de aquí junto con el tío Adolfo. Yo todavía no me quiero casar, ni tener hijos. Tengo miedo, papá. Si me ayudas esta vez, te prometo que voy a cambiar, regresaré a la escuela.

AURORA: Tomás ¿me escuchas?

SR. ISAAC: Usted es como toda la gente de este país. Siempre buscando un pretexto para no trabajar. Ahora entiendo por qué sus ciudades se están cayendo a pedazos, porque son una raza de flojos.

TOMÁS: Eso no es cierto.

ANTONIO: Papá, yo no quiero que Matilde tenga al niño.

ADOLFO: Tú todavía aguantas mucho, Tomás Arana.

TOMÁS: Aurora, ayúdame. Aurora, ¿en dónde estás?

AURORA: Aquí, contigo.

TOMÁS: ¡Dios mío! No encuentro a mi familia. No los veo.

SR. ISAAC: ¿Me quiere decir cómo fue que usted se estropeó la espalda? ¿No lo habrá hecho a propósito para no trabajar?

ADOLFO: Nadie te va a creer ese cuento, Tomasito. Tú siempre has sido fuerte y un hombre fuerte no tiene huesos de polvorón.

SR. ISAAC: ¿Está seguro que son veintiséis años los que lleva trabajando conmigo? Deben ser menos. Tengo que revisar su expediente, no vaya a querer que le pague una liquidación que no le corresponde.

ADOLFO: ¡Cuentos, puros cuentos!

SR. ISAAC: ¿Por qué no pide otra opinión médica?

ADOLFO: Vas a ver que trabajando se te olvidan esos dolores. *(En el momento que Tomás y Aurora se reúnen, los demás salen de escena).*

AURORA: ¿Por qué no lo dejan en paz? Ustedes no tienen derecho a tratarlo así. Mi esposo no es un muerto sin sepultura, no es sangre derramada en los drenajes... Tomás es mi compañero. Tomás es mi espalda.

TOMÁS: ¿Aurora?

Aurora: ¿Te sientes mal? ¿Quieres que nos vayamos a la casa?

TOMÁS: Todavía no... ¿y los muchachos?

AURORA: Salieron desde temprano.

TOMÁS: No vayas a contarles lo que me explicó el médico y mucho menos les digas que me levantaste del suelo.

AURORA: ¿Por qué no?

TOMÁS: Te estoy pidiendo que no les digas nada, por favor. No quiero que me vean así.

AURORA: ¿Y cómo quieres que te veamos?

TOMÁS: Llevamos treinta años viviendo juntos, ¿pero cuánto tiempo nos hemos dado para ser esposos? Pues muy poco, el suficiente para tener hijos. No, ni siquiera para tenerlos, porque mientras estabas en el parto, tu marido andaba en el trabajo.

AURORA: Sí, pero no te olvides que los médicos dejaron morir a nuestro primer hijo y desde entonces no quisiste saber nada de hospitales del Seguro, y acuérdate que Gustavo nació en una clínica tan jodida que no nos dejaron salir hasta que no les pagaste la cuenta. ¿Te acuerdas? Entonces, ¿me puedes decir qué otra cosa podías hacer?

TOMÁS: Estar contigo, pero no en ninguna parte.

AURORA: ¿Qué está pasando contigo? ¿En dónde has dejado a la persona con la que me casé?

TOMÁS: Si no sabes en dónde estoy, entonces qué haces aquí, con un inútil.

AURORA: Acompañándote, qué más. ¿Nos vamos a la casa?

TOMÁS: ¡Con un carajo, Aurora! ¿Cómo quieres que te lo diga para que me entiendas? A Tomás Arana se lo tragó la chingada.

AURORA: (*Dolida*). Está bien, allá tú. Pero no quiero que te vuelvas a parar en mi casa. Con tu derrota me acabas de echar a perder treinta años de mi vida. (*Aurora se dirige a su casa para que Tomás se encuentre con Óscar*).

ÓSCAR: Tomás, ¿eres tú? Te veo muy mal, ¿te pasa algo?

TOMÁS: Lo que me pasa es que estoy hartito. Cómo es posible que ese miserable no nos quiera pagar nuestra liquidación.

ÓSCAR: Bueno, pero no es para tanto.

TOMÁS: Ese hombre no se va a burlar de mí. Me tiene que pagar todo mi dinero.

ÓSCAR: De eso te quería hablar. ¿Por qué no nos sentamos un rato y platicamos?

TOMÁS: Luego. Ahora tengo prisa.

ÓSCAR: Es que el licenciado no está en su despacho.

TOMÁS: Cómo de que no está. Si nos dio cita para hoy.

ÓSCAR: (*Tímidamente*). Es que el señor Isaac ya pagó.

TOMÁS: ¡Ya lo sabía! Te dije que no podíamos perder. No sabes cuánta falta me hacía ese dinero. Se me ocurre que debo poner un negocio, pero que sea familiar; de esa manera, le puedo pedir a Gustavo que regrese a la casa; y a Toño le vendría de perlas, porque se las está viendo negras con los gastos de su hijo.

ÓSCAR: Espérate, deja que termine de contarte. Tu caso todavía no está resuelto.

TOMÁS: ¿Y cómo dices que ya nos pagó?

ÓSCAR: Pero a mí. Yo ya no quise seguir peleando y acepté lo que me ofrecían. Tú también deberías hacer lo mismo. (*Tomás regresa a su casa dejando a Óscar solo*). ¿De qué nos sirve pelear por un dinero que no nos van a dar? No podíamos ganar. Entiéndelo, Tomás; siempre son otros los ganadores, nunca nosotros. (*Sale*).

AURORA: ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo el licenciado?

TOMÁS: Nada. Esa gente habla mucho pero no dice nada.

AURORA: A mí se me hace que ese señor ya abandonó tu asunto.

TOMÁS: ¡Cómo crees, Aurora! Esto lleva su tiempo.

AURORA: ¿Cuánto tiempo?

TOMÁS: Todavía no lo sé. Ahora tengo que ir el martes para ver qué me resuelven.

AURORA: ¿El martes? Pero ese día no puedes ir a los tribunales. ¿Por qué no le explicaste que el martes te operan?

TOMÁS: Porque ya lo pensé bien y prefiero que no me operen.

AURORA: ¿De nuevo con esa idea? Se supone que ya lo habíamos discutido.

TOMÁS: Se supone que si un día voy a dejar de caminar, no tengo por qué apresurar lo inevitable. Mejor que me duela, pero por lo menos sabré que tengo cuerpo. ¿Qué sabes de los muchachos?

AURORA: Acaba de llegar carta de Gustavo. Dice que le está yendo muy bien y que va a venir la próxima semana a pasar unos días con nosotros.

TOMÁS: Hay que ponerle sábanas limpias a su cama y a ver si le preparamos una comida de las que le gustan.

AURORA: ¿Con qué dinero vamos a hacer esa comida?

TOMÁS: Mañana debe llegar el cheque de mi pensión y con eso nos alcanza.

AURORA: Bueno. ¿Quieres que te sirva de comer o me esperas a que termine de coser un vestido? Nada más me falta pegarle unos adornos y listo.

TOMÁS: Te espero. Quiero quedarme un rato en el sillón. *(Antes)*. Aurora, ¿me acompañas mañana al banco a cobrar mi cheque? Me gustaría comprar un poco de despensa para Antonio y para su familia.

AURORA: Está bien, como quieras. *(Antes de salir lo cubre con una cobija)*.

TOMÁS: Aurora, espérate. Antes de que te vayas, apaga la luz, ¿quieres? *(Aurora apaga la luz y sale dejando la puerta abierta. Por ahí se filtra el sonido de la máquina de coser y una luz opaca que escasamente ilumina el cuerpo de Tomás)*. Pero si nos quieren amolar, lo peor que podemos hacer es dejarnos... mañana voy a salir de nuevo a la calle para buscar trabajo. A lo mejor me dan empleo de velador, o de cajero, o de qué sé yo... Lo importante es que se den cuenta que todavía tengo fuerzas para seguir trabajando; todavía puedo ganarme unos pesos y ver por mi familia... Aunque ya estén grandes, los muchachos siempre me van a necesitar... Porque a lo mejor ahora sí puedo estar con ellos. A lo mejor no he estado tan equivocado como pensaba. A lo mejor... A lo mejor... A lo mejor...

Chilangotitlán, Defe, 1999